



CAPITULO V

EL ORO DEL MAR

1

ESCONDIDO, más que escondido agazapado, en el rincón obscuro de un cuarto que pretendía tener honores de sala en la posada del pueblo, Joaquín pasaba las horas y los días en feroz mutismo.

Allí le habían llevado, y bien se estaba allí. Si á otra parte le llevaran, igualmente estaría.

Cuando le recogieron en mitad del camino, era un cuerpo sin vida. Al principio temían que estuviese muerto; después pensaron que borracho, y, al fin, creyeron que estaba loco; pero como su docilidad—el dócil complacer de los que sufren—no inspiraba peligros, determinaron dejarlo en la posada.

¡Suerte fué! Si acuerdan ponerlo en un ataúd y clavar la tapa luego, no hubiera protestado. Para todas las preguntas tenía una sola respuesta:

—Igual es. Es igual.

—¿Quieres comer?

—Igual es...

—¿Por qué no sales un poco?

—Igual es...

Y todo era igual. Vivir ó morir, igual era. Si vivía, bueno; si moría, bueno...

El señor cura, un viejo y un santo, que creía en todos los milagros y confiaba en todos los hombres, había venido aquella tarde para intermediar en el asunto.

El señor Blas le suplicara que lo arreglase. La hija enfermó de veras. Joaquín estaba como poseído... Había que arreglarlo.

—Vamos á ver, hombre, ¿qué te sucede?

—Nada...

—¿Por qué estás así...?

—Es igual, señor cura.

—¿No comprendes que es contra Dios esa indiferencia...?

—Será...

—¿Y se condenará tu alma é irás al infierno?

—Iré...

—¡Pero es que no debes ir...!

—Es igual, señor cura...

—Vamos á ver, vamos á ver, hijo... No te pido que cambies tu parecer ni modifiques tu conducta, que tus razones tendrás; pero yo merezco que me trates con más respeto y no me hagas la injuria de callarte cuando te hablo.

—Dispense...

—Vamos á ver... ¿Te han dicho algo malicioso...? ¿Sabes tú mismo de alguna acción torpe ó deshonesto, de algo que lastime la fama limpia de esa mujer?

—Nada; pero es igual...

—¡Caray, no lo es! ¡Y perdona que diga estas palabras, porque tú me desesperas con tanto igual, hijo! ¿Quedamos en que de honrada y de digna no hay pero contra la María Antonia, eh...?

—Quedamos...

—¿Sabes algo de novios ó de cortejos...?

—Nada...

—Y entonces, condenado de cocer, si es buena y limpia en su conducta y te quiere y la quieres, ¿por qué demonios no os queréis, hombre...?

—Porque yo no la quiero.

—Y si no la quieres, ¿por qué sufres?

—Porque es igual...

—¡Y dale otra vez...! ¡No seas porrón, Joaquín...! El señor Blas consiente en que os caséis.

—Bien...

—Ya no te pide casa ni barca...

—Dinero traigo para ellas.

—Es que no las pide, hombre. Si lo traes, mejor, pero no hay dificultad.

—Bien...

—¿Para cuándo, pues...?

—¿El qué...?

—La boda, porra; ¿qué ha de ser?

—Para nunca. Yo no quiero á María Antonia, ni me quiero á mí, ni quiero á cosa ni á persona que esté sobre la tierra.

—¡Te advierto que eso es blasfemia...!

—Es igual, señor cura...

—¿Pero no acabarás de decirme lo que te pasa...?

—¿Lo que me pasa...? Pronto se dice. ¡He despreciado riquezas, he pasado penalidades y sufrimientos para correr á su lado cuando supe que se consumía de amor, que se entristecía de ausencia, que penaba de ansias...! He vuelto para consolar una pena... ¿no hay tal pena...? Pues hice mal en volver.

—¿Y no es mejor que la encuentres sana, y fuerte y alegre...?

—¡Ay, no, señor...! ¡El verla sin pena me dió

una pena tan grande, que es de las que ahogan, padre cura!

El cura quedóse absorto. Aquella sutileza, aquel serpentear de la lógica, aquellas revueltas del cariño sintiendo el bien de los seres á quienes no se desea más que el bien, pasaban los límites de sus razonamientos simplicísimos y toscos. El entendía de llevar almas al cielo, pero se declaraba incompetente para seguir á las almas por la tierra. La primera labor era muy sencilla: ¿almas buenas...? ¡Andando, al cielo! ¿Almas malas...? ¡Andando al infierno! Y se había concluido la complicación. Pero esta otra tarea de silogismos, de premisas y de todos esos zafarranchos que armaban los filósofos reforciendo las almas como trapos mojados para exprimir el jugo de refinamientos y de sensaciones incomprensibles... no, no; de eso vade retro, que el pecado anda muy cerca de la curiosidad.

Y acudiendo, para salir del compromiso espiritual, á la gramática parda del aldeano, de ese aldeano que hay siempre debajo de las sofistas rurales, le dijo:

—Mira, hijo; de esas monsergas y de esas cavilaciones en que te has enredado, ya iremos saliendo con la ayuda de Dios. Ahora, lo prudente es que atiendas á tu salud, y para ello no hay mejor medicina que el trabajo. Con tu licencia, y ya que traes dinero y volverás á tu oficio, yo voy á comprar en tu nombre una barca, una buena trainera que está de venta, y en cuanto sea tuya la bautizamos solemnemente y sales al mar. Después, Dios dirá...

—Es igual...

—La compro, ¿eh?

—Es igual, señor cura.

—Pero la compro, ¿sí ó no...?

—Cómprala.

Y el buenó del cura, satisfecho, se despidió hasta el día siguiente. Un capítulo de su gramática parda, que acababa de practicar, le decía claramente que el amor de las personas vuelve con el amor de las cosas y de los sitios, y si Joaquín compraba la trainera, amaría la trainera y el sitio donde la amarrara ó el pedazo de playa adonde la trajera, y amaría las mujeres que viese al desembarcar...

Si al desembarcar veía á María Antonia, á María Antonia..., etc.

Y sin saber que lo eran ni sospechar que se metía tierra adentro por los silogismos aborrecidos, el señor cura iba escalonando en su imaginación unas premisas infalibles.

II

Joaquín, al quedarse solo, razonó de igual manera.

Se explicó entonces el porqué de su indiferencia. Le era todo igual porque á todo podía hacer frente de momento con el dinero que guardaba en el cinto. Si tuviera que buscarse la vida, que ganarse el pan, sería menester decidirse: morir de miseria, y eso era muy largo, ó trabajar, y eso era muy urgente. Pero mientras tuviese...

Y del mismo modo se explicaba ahora con evidente claridad el porqué de su estancia en el pueblo tantos días cuando su propósito era regresar de nuevo al Anckland. Tenía el propósito, pero no tenía la necesidad de marchar; y el cuerpo, indolente, y el ánimo no sé con qué vagos é

indecisos luminares, le detenían y le apresaban.

La idea de aquella barca comprada por su maquina consentimiento, le obsesionó. Comprendía que la barca era su voluntaria esclavitud, su permanencia definitiva en el pueblo, su encuentro diario con aquella mujer que no supo penar en su ausencia...

Y comprendió también que jamás tendría valor para marcharse mientras la dura necesidad no le forzase á ello. Y ante el espanto de ceder á las cariñosas presiones, de volver á la adoración de quien no penaría en ausencia alguna, sintió tan formidable y tan trágica la imperiosa ley de su voluntad decidida, sacudiendo sus dormidas energías, que se puso en pie de un brinco.

Y á escape y corriendo, temeroso de un cobarde arrepentimiento, salió de la posada, fué á orillas del mar, y en el mar arrojó, á puñados, tan lejos como sus fuerzas le permitieron, las relucientes y doradas libras esterlinas que constituían toda su fortuna...

Y, obligado ya por la necesidad, por el hambre que iba á llegar, por la pobreza que ya había vuelto... emprendió tranquilo y reposado el camino de la ciudad para buscar vapor donde hacinarse como oveja miserable del inmenso rebaño de emigrantes.

No quiso dar un rodeo, para evitarse el pasar por delante de la casa: era su camino, y le seguía inflexible, recto...

Pero al pasar, tranquilo y reposado... ¡creyéndose tranquilo y reposado...!, sintió que el corazón, aquel corazón que brincara un día de esperanzas, quería saltársele del pecho...

Y al pecho se llevó las dos manos para contenerle, y en el pecho se clavó las uñas con feroz

denuedo, para que el dolor de la herida le aliviara el dolor de la ausencia.

Y, sin mirar ni detenerse, siguió su marcha.

Pero apenas hubo pasado, se echó á llorar.

Y fué que en el alma se le metieron, de golpe y airadas, las tristes andanzas de un camino que iba de cara hacia el olvido y hacia el destierro...

COMO SI FUERA EPILOGO

Vosotros, los que leéis los cuentos escritos mirando el final, primero, para ver cómo acaba la historia...

Vosotros, los que veis en la mujer el fin de la posesión, y en la posesión el principio de toda delicia...

¡No leáis mi cuento!

Para vosotros, hombres y mujeres, que os habéis creído amantes; mujeres y hombres que os lo creéis aún, para vosotros va la amorosa historia de un fiel amador...

